

LA REINA SIBILA DE ANTOINE DE LA SALE*

María Eugenia Góngora D.

Departamento de Literatura

La novela *El Paraíso de la Reina Sibila* fue escrita alrededor de 1440 por De la Sale, cortesano y preceptor de la casa de Anjou, y fue dedicada por él, en uno de los manuscritos que nos han llegado, a la duquesa Agnès de Bourbon. En su dedicatoria a esta dama afirma haber llevado a cabo una excursión a los montes llamados de Pilatos y de la Sibila, en la región de Norcia, cercana a Spoleto, en Italia. El día 18 de mayo del año 1420, nos dice, subió al monte de la Sibila y todo lo que relatará a continuación es un testimonio de lo que vio o le contaron las gentes del país.

En el manuscrito dedicado a la duquesa Agnès aparecen varias imágenes; junto a la dedicatoria, la miniatura en que están representados, bajo un dosel, el escudo y la corona del ducado de Borgoña y a su lado, una dama alada, con un gran broche de oro en las manos, semejante a una rueda de la Fortuna.

Más adelante, un dibujo y mapa detallado de los montes de Pilatos y la Sibila, las aldeas y castillos cercanos, los caminos que suben hasta sus cumbres; también la miniatura que representa la flor del polibastro —nuestro poleo—, y que aparece entre las varias plantas que crecen en el monte de la Sibila y que Antoine de la Sale describe con minuciosidad.

Las imágenes inmediatas a la escrituras son serenas y realizadas con atención al detalle y perfección técnica; el relato al que ilustran, por su parte, contiene desde su inicio una advertencia alarmente: Norcia, la región en que se encuentran los montes, es una región de magos; si nos adentramos en ella sin permiso, sus habitantes podrían confundirnos con los nigromantes que desde hace siglos han venido a ejercer allí sus artes, desencadenando tormentas y desastres sobre la región. Muchos han perdido la vida, castigados por los que quisieron liberarse de los visitantes peligrosos.

La atracción que ejerce el llamado Monte de la Sibila y el peligro que significa el visitarlo, constituyen el primer elemento de una serie que permite leer *El Paraíso de la Reina Sibila* como una novela fantástica, en el sentido que Todorov, Harry Belevan o Irene Bessiere han intentado establecer para este tipo de relatos.

El narrador en primera persona vacila aquí entre la atracción y el rechazo; esta vacilación se reproduce en el lector y mas aún, debería reproducirse en la destinataria de la novela, Agnes de Bourbon. Ella, como lectora privilegiada por el autor, queda además integrada al texto y a un posible relato futuro, cuando al final de la novela es invitada junto a su corte a visitar, para su placer, el monte de la Sibila.

Se puede decir, en términos generales, que todo el relato detallado y circunstanciado

* Esta nota es la versión revisada de una ponencia presentada al Congreso Internacional de Literatura Femenina (Santiago, 1987).

de la excursión del 18 de mayo de 1420 está siendo permanentemente acotado y a veces contradicho por citas eruditas de antiguos autores, por referencias enciclopédicas (por ejemplo, en relación a las propiedades de ciertas plantas), por la referencia constante a la opinión del vulgo, y también de manera muy determinante, por la expresión de convicciones pseudo-racionalistas del mismo narrador. Por último, hacia el final de la novela, *De la Sale* dice que la escribió "por diversión y para mostrar a cada uno la verdad contraria".

Si quisiéramos resumir el argumento de esta obra, debemos establecer en primer lugar que el relato no es lineal en su desarrollo. Trata de la excursión de mayo de 1420 y también de los testimonios sobre distintos viajeros que quisieron llegar al paraíso donde habita la reina Sibila, para penetrar al cual hay que subir primero por el difícil camino que lleva a la cumbre y luego descender, atravesando distintos umbrales y obstáculos. No todos pudieron llegar al final de su viaje; varios desaparecieron. Se cuenta, sin embargo, que un caballero alemán y su escudero subieron al monte, cruzaron el puente peligroso, atravesaron las puertas de cristal y después de un descenso vertiginoso, llegaron a la corte de la reina Sibila, el Paraíso en el que ella reina acompañada de damas y caballeros que llevan una vida refinada, dedicada al placer y al amor. Cada viernes por la noche, la reina Sibila y sus damas dejan a sus amantes y se convierten en serpientes, hasta el día sábado en que recuperan su aspecto anterior. Se dice que el caballero alemán permaneció por trescientos días en ese paraíso subterráneo y luego él y su escudero quisieron salir y obtener el perdón del Papa por haberse olvidado de la salvación de sus almas. El Papa, sin embargo, no quiso otorgarles su absolución; ante esto, el caballero y su escudero volvieron al Paraíso de la Sibila y ya no se les volvió a ver. En la gruta de entrada al monte quedó la siguiente inscripción: HER HANSVAN BRANBOURG INTRAVIT (El Señor Hans Van Branburg entró). Con su característica vacilación, el narrador dice que supone que éste es el caballero alemán en cuestión, aunque la inscripción dice de su primera entrada solamente; hay además otro nombre inscrito, el de Tomin de Pons o de Pous, que podría ser—o no— el nombre del escudero. El mismo narrador grabó allí su divisa "Covient la Sale", y espera que nadie crea que penetró más allá de lo que ha contado.

En este trabajo he intentado un acercamiento más preciso a la figura de la Sibila, esta reina del paraíso subterráneo, cuya entrada, nos dice el narrador, ha sido ya tapiada y prohibida por orden del Papa de Roma.

No es preciso extenderse aquí en los detalles del viaje que puede ser interpretado como una imagen de la relación sexual, así como de un viaje iniciático, realidades que son sin duda análogas.

El nombre mismo de la reina Sibila nos obliga a revisar las referencias antiguas más importantes a las profetisas llamadas sibilas. Aparecen en escritores cristianos como Lactancio, San Agustín y San Isidro, y desde luego en Virgilio, el poeta mago y profeta para los medievales. Las sibilas son mujeres dedicadas al servicio de un dios que habla por su boca, nos dicen Lactancio e Isidoro.

San Agustín y Lactancio enumeran a las sibilas, sus nombres, su relación con Homero y Virgilio y el rol profético de este último en relación al nacimiento de Cristo, según la antigua interpretación de la Egloga IV. Aluden a los llamados libros sibilinos, que circularon a finales de la antigüedad y que fueron ampliamente citados, entre otros, por los Padres de la Iglesia.

En todos los textos aludidos (las Divinas Institutiones de Lactancio, la Ciudad de Dios de San Agustín y las Etimologías de Isidoro), y muy especialmente en el episodio de

la Sibila Cumana de la Eneida, aparece como fundamental el estado de trance propio de la situación de revelación profética. La entrega de la mujer a la manifestación del dios y el sentido a veces oculto del oráculo hacen de la sibila una figura que puede producir el horror ante lo sagrado. Este elemento es muy evidente en el episodio del descenso de Eneas al mundo de los muertos, guiado por la sibila, en la canto VI de la Eneida.

Por otra parte, de la relación de esta Sibila Cumana con el dios Apolo nos habla Ovidio en su propia versión del viaje de Eneas al Averno, en el Libro XIV (vv. 121-135) de las Metamorfosis. La Sibila recuerda cómo ella, siendo una mujer joven, se resistió a la seducción del dios pero quiso seguir a su servicio; se lamenta de no haber pensado en pedir al mismo tiempo conservar su juventud. Ella es ahora una anciana y ha permanecido virgen, dedicada solamente al servicio oracular.

Esta imagen de la Sibila Cumana es sin duda muy opuesta a la de la Sibila seductora que según el mismo De la Sale no es ninguna de las nombradas por las autoridades conocidas por él. En el último capítulo de su novela, nos dice que esta reina que habita en una corte subterránea es “una falsa Sibila, a la que el diablo, por sus poderosas artes y por nuestra débil creencia, ha encumbrado a la fama, para engañar a las gentes de mente sencilla”.

Para el historiador de las religiones Gennep Van der Leeuw, autor de la *Fenomenología de las Religiones* (par. 24), las mujeres consagradas a un dios se mantienen vírgenes para aumentar su potencia, o bien se entregan, por un precio, a todo hombre, que representa al dios, y que le permite también de esta manera adquirir potencia y manifestarla.

Desde esta perspectiva, como vírgenes o prostitutas, las mujeres consagradas emplean su posición especial en beneficio de la comunidad en la cual detentan su posición oracular.

En todo caso, se trata de una castidad cultural así como de una promiscuidad o prostitución ritual. En el primer caso la potencia se comprime y acumula y en el segundo, se moviliza y dispersa. Ambas consagradas, vírgenes y prostitutas, parecen así representar el doble aspecto de una misma realidad religiosa y cumplen funciones similares.

De estas consideraciones de Van der Leeuw podemos deducir que la reina Sibila de nuestra novela puede ser pensada como el “otro aspecto” de la Sibila Cumana de Ovidio y Virgilio.

Tenemos que considerar aquí este “otro aspecto”, el de la seductora reina de un paraíso subterráneo. En su introducción a la versión española de la novela, Marie-José Lemarchand plantea que esta Sibila es la anti-Virgen María en su corte demoníaca. Asocia también, a nivel fónico y semántico su nombre con el de la diosa Cibeles y la llama también –básicamente por su conversión en serpiente desde la víspera del sábado– la Reina del Sabbath. Recoge así la fuerte demonización que el mismo narrador plantea hacia el final de su relato. Pienso que habría que acoger esta interpretación con algunas reservas, en especial en lo que se refiere al Sabbath, si consideramos el momento en que la obra fue concebida y escrita. Sobre este punto volveremos más adelante.

Una tendencia frecuente entre los evangelizadores ha sido la demonización de las figuras precristianas persistentes entre los pueblos de misión. Es un rasgo que ha sido más generalizado, como es de suponer, en las preocupaciones pastorales de la jerarquía y del clero, que del pueblo cristiano en general. El fenómeno de la demonización, que también se manifestó en contra de los primeros cristianos cuando éstos representaban un grupo marginal y mal conocido dentro del Imperio, ha sido analizado, especialmente para la Edad Media, por Norman Cohn en su libro *Los Demonios familiares de Europa*. (1975) En su

obra presenta buenos ejemplos de la culpabilización de grupos de marginales (brujos, herejes, judíos) en sociedades que manifiestan esporádicamente rasgos de intolerancia frente a toda "heterodoxia" social.

Por su parte, el historiador Keith Thomas, en su obra *Religión y Decadencia de la Magia* (1971) afirma que durante toda la Edad Media el clero romano condenó en general las prácticas mágicas realizadas frecuente pero no exclusivamente por mujeres ligadas a una sabiduría tradicional y a un conocimiento particular de la medicina. Sin embargo, y esto es fundamental para comprender la ideología de Antoine de la Sale, sólo a fines del siglo XV se desarrolló y se formalizó en tratados y edictos papales, la suposición de que los poderes de los brujos derivaban de un pacto explícitamente celebrado con el Diablo; en esta nueva perspectiva, posterior en varias décadas a la escritura del *Paraíso*, la esencia de la brujería no es el posible daño (el maleficium) que se podría causar a otros, sino su carácter religioso específico de culto demoníaco. De allí la creencia en las reuniones de sabbaths y aquelarres, que surgen sólo en la Edad Media final y que tendría consecuencias históricas y sociales muy graves en los siglos XVI y XVII.

Habría que precisar cómo la novela de Antoine de la Sale se sitúa en la tradición que acepta la existencia de los demonios ligados más especialmente a la sexualidad, los íncubos y los súcubos; propone, como aparece en el último capítulo yacitado, que la reina Sibila podría ser una ilusión creada por el diablo y le atribuye, además de la sabiduría y la seducción, una metamorfosis periódica en serpiente. Cada uno de estos elementos está atestiguado en la tradición anterior y no tiene relación con la demonización de personas concretas ni menos con la creencia en pactos personales con el Demonio, que son las características de documentos como la Bula Papal (*Summis desiderantis affectibus*, de Inocencio VIII de 1484 y el famoso tratado *Malleus Maleficarum*, de 1486). Quizás el elemento narrativo que mejor presagia las preocupaciones de la jerarquía romana es el episodio del Papa negándose a dar su absolución al caballero alemán y su escudero por haber vivido en la corte de la Sibila.

Por lo demás, la escritura misma de Antoine de la Sale, distanciada e irónica, erudita y testimonial a la vez, y desde luego su mensaje final a la duquesa Agnès de Bourbon, invitándola a visitar con su corte el monte de la Sibila, parecen dejar entre paréntesis la gravedad de sus afirmaciones sobre el carácter ilusorio y diabólico de la Sibila.

Puesto que nos hemos referido a los escritores que De la Sale menciona como sus autoridades sobre las sibilas, es necesario también hacer un alcance con respecto a otras figuras femeninas precristianas que están, creo, en la tradición presente en la figura de la Reina Sibila de Antoine de la Sale.

La asociación de la Reina con la diosa Cibeles, que plantea Lemarchand, válida desde luego en términos generales, me parece menos probable que una asociación con la diosa Hecate; ella es la diosa de las tres cabezas del Averno, diosa de los encantamientos de amor y brujería, una Afrodita de los mundos infernales.

En su diccionario de mitología griega, Robert Graves dice de las hijas de Hecate, las llamadas Empusae, que son figuras demoníacas que se transforman en perras, vacas o en bellas doncellas que yacen con los hombres por la noche o después del mediodía y chupan su fuerza vital hasta que mueren (Aristófanes, *Las ranas* 288 y ss; *Parlamento de la mujeres* 1056 y 1094; *Papyri Magice Graeci* IV, 2334; Filostrato, *Vida de Apolo de Tyana* IV, 25) Aparecerían también estas figuras —semejantes a las doncellas de la corte de la reina Sibila— en el ámbito semita, con el nombre de Lilim, a las hijas de Lilith. Lilith, la seductora rival de Eva en el Paraíso, según la tradición popular judía, era una especie de

Hecate cananea y hasta en la Edad Media tardía, los judíos llevaron amuletos para protegerse de ella.

Esta figura de la diosa seductora de los mundos infernales, acompañada de un séquito de doncellas que se transforman en animales y que con su poder retienen a los hombres en su reino, no es pues exclusiva del mundo imaginario medieval –aunque Tannhäuser, el trovador, sea uno de los ejemplos más famosos en esta tradición, con su entrada al Venusberg.

Debemos dejar de lado, creo, toda explicación exclusivamente contingente o historicista en un sentido estrecho para aprehender la imagen de esta reina Sibila de Antoine de la Sale.

Sin embargo, como ocurre con tantos textos medievales que explicitan su contexto, sus fuentes, su intencionalidad (que aparece ambivalente como sucede, por ejemplo con el Libro de Buen Amor) y su destinatario, es necesario asumirlos como un momento en el proceso de la historia cultural en el que aparecieron.

Antoine de la Sale, autor cortesano y letrado, recoge conscientemente una larga tradición sobre una figura femenina atrayente y temible a la vez y hace de ella una reina en un relato dedicado a una dama de la nobleza. En una coyuntura precisa de la historia del pensamiento teológico, hace de la antigua Sibila una reina de una corte subterránea, una ilusión creada por el poder diabólico; a esa realidad se invita, sin embargo, a la duquesa y su corte a rehacer como tantos otros la expedición inútil y atrayente siempre de nuevo.

A partir de este texto es posible repensar esta imagen de la mujer sabia y seductora, profetisa y reina, poderosa para dar placer y para matar el alma o el cuerpo de los que entran en su reino, cargada de animalidad y culpa, pero también capaz de saber, como dice el texto De la Sale, que su reinado ha de “permanecer hasta el fin del mundo”.

OBRAS CITADAS

- ANTOINE DE LA SALE, *El Paraíso de la Reina Sibila* éd. Marie-José Lemarchand, Ediciones Siruela, Madrid 1985.
- _____, *Le Paradis de la reine Sybille* in *Poètes et Romanciers du Moyen Age*, Albert Pauphilet, ed. N.R.F. Bibliothèque de la Pléiade, Paris 1952.
- OVIDIO, *Metamorfosis*, Loeb Classical Library.
- LACTANCIO, *De Divinae Institutione*, Migne ed. Patrología Latina VI y VII (Paris).
- SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, Fray José Morán, O.S.A., ed. B.A.C. Madrid 1958.
- SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, J. Oroz y M.A. Marcos eds.; B.A.C., Madrid 1983 (2 vols.)
- NORMAN COHN, *Los demonios familiares de Europa*, Alianza edit. Madrid 1980 (Ed. Inglesa, 1975).
- KEITH THOMAS, *Religion and the decline of Magic*, Penguin Books, Harmondsworth, 1971.
- G. VAN DER LEEUW, *Phénomologie des Religions*, Payot, Paris 1955.
- ROBERT GRAVES, *Greek Myths* Penguin Classics.